

creencias e impresiones. Mezclad todas las ideas de las gentes de mar, amalgamad los fragmentos desparramados de los ensueños de los marinos, y tendréis el mito de Glauco; preocupación melancólica, pesadillas disformes, viva sensación de los fenómenos que pasan en las olas, inquietud perpetua, gran impresión de la fatalidad. Glauco es, a la vez, el color y el ruido del mar, la ola que blanquea, el reflejo del cielo sobre el dorso de sus montañas líquidas, el viento de la tarde, augurio de la tempestad del siguiente día, los retornos de la vida solitaria, las ideas tristes de la inmortalidad soñada, doloroso enigma cuyo sentimiento nos habla de nuestro origen incógnito y de nuestro divinal destino (*Las Religiones de la Antigüedad*). Todo eso es Glauco porque en todo eso hace pensar el mar.

Dudo que en una clase sobre las religiones de la antigüedad se pueda reproducir con eficacia la explicación de Renán sin reproducir su dicción, su timbre melódico, sus contornos indecisos y su aparente abandono, profundamente calculados. Se trata de puntos de vista vagos como las lontananzas marinas, de sugerencias que son como encajes de ensueños.

Y ¿por qué se asociaron las ideas de Venus y el mar? Oigamos:

LA MUJER Y LAS OLAS. La explicación ha de buscarse en la infinita gracia del elemento líquido y en la manera con que sus curvas se enlazan con las líneas flexibles del cuerpo femenino donde consiste la armonía (*Id*). Se diría que, según este modo de ver, hay en la mujer algo del misterio y de las seducciones del mar y en las ondulaciones de las olas encantos y caricias de mujer. De este tema, la mujer, trató varias veces y vale la pena de un corto incidente.

RENÁN Y EL ETERNO FEMENINO. Hemos visto de qué adorable manera alude a las mujeres encantadoras que sonrieron a la Filosofía Francesa, y de Jesús dice que cuando su turbación en Getsemaní, tal vez dudó de su obra, acaso recordó las higueras de su patria a cuya sombra pudo vivir tranquilo y lamentó no haber permanecido siempre artesano en Nazaret y quizás, añade, recordó también a las candidas jóvenes de Galilea, que hubieran consentido en amarle. Y es sabido cómo dice que el poder divino del amor en Magdalena alucinada, dió al mundo un Dios resucitado.

Pero el pasaje más bello, relativo al eterno femenino, está en el prefacio de *Mi Infancia y mi Juventud*:

Esta disputa en que se halla empeñado el espíritu europeo desde Abelardo, tiene momentos de sequedad, horas de aridez. Agotado el cerebro por el razonamiento, siente sed de sencillez como el desierto tiene sed de agua pura... y entonces pensamos en nuestro polo opuesto, en la mujer que no es más que mujer, en quien se manifiesta el instinto espontáneo. La mujer bella y virtuosa es un espejismo que puebla de lagos y de calles de sauces nuestro gran desierto moral.

¿Y la dedicatoria de la *Vida de Jesús* a su hermana Enriqueta?

«Te acuerdas de aquellos días de Ghazir en que, a solas contigo, escribía estas páginas inspiradas por los lugares que acabábamos de recorrer...» Es mágico el efecto de «las preguntas finas y discretas» de la

llorada Enriqueta, cuando «a la radiante lumbrera sucedía el innumerable ejército de estrellas», preguntas que le hacían pensar «en el sublime objeto de nuestras comunes investigaciones». «Y duermes tú ahora en la tierra de Adónis...» Quizá esa dedicatoria vale tanto como el libro. Una dama que la sabe de memoria y suele recitarla con acento melódico y doliente, que es como debe recitarse esa página conmovedora, me decía que no había leído nunca nada más delicado ni en prosa ni en verso, en novelas ni en poemas.

RENÁN ERA UN GRAN SENSITIVO Y AQUÍ, EN MI SENTIR, ESTABA EL SECRETO DE SU MAGIA. Los bretones, Lamennais, Chateaubriand, Renán, con el psicómetro de su estilo, sondan la vida. Sólo el sensitivo es capaz de producir frases de efecto irresistible. Recordad cualquier pasaje notable de la *Vida de Jesús*. Por ejemplo:

Cuando nos dice que su héroe, en su exaltación, aconsejaba dejar por el Reino de Dios, amigos, familia, patria. Entonces «el ingenioso y jovial moralista de los primeros días era como un gigante sombrío a quien una especie de grandioso presentimiento arrojaba más y más fuera del género humano».

Y aquel pasaje en que nos cuenta que Jesús «con sus exquisitas ironías, con sus malignas provocaciones, iba derecho al corazón. Como estigmas eternos sus palabras quedaron coaguladas en la llaga y esa túnica de Neso del ridículo que el judío, descendiente del fariseo, arrastra desde hace diez y ocho siglos, es obra de Jesús. El la tejió con artificio divino. Sus rasgos quedaron inscriptos, en líneas de fuego, sobre la piel del hipócrita y del falso devoto. Sólo un Dios sabe matar de esa manera...»

Y el párrafo en que termina el relato de la Pasión: «Borrar tu nombre de los anales del mundo sería conmoverlo hasta en sus cimientos...»

Y con qué sentimiento evoca su juventud desvanecida! Conocéis el trozo. «...Llevo dentro del corazón una ciudad de Ys, en que suenan campanas obstinadas en convocar a los oficios sagrados a fieles que ya no oyen. A veces me detengo para aplicar el oído a esas trémulas vibraciones que parecen venir de profundidades infinitas...rumores lejanos de una Atlántida desaparecida».

¿Y la Oración sobre la Acrópolis, tan celebrada? Pero hay que concluir, y voy a hacerlo, sentando que entre los sabios o eruditos nadie tanto como Renan, obedeciendo a su temperamento, siguió el consejo de Musset:

Hiere tu corazón:  
allí está el genio!

Y TODOS SOMOS, EN EL FONDO, SENSITIVOS. Es que sentimos de una manera vaga y sólo «los que dicen» saben traducir el mundo interior del sentimiento. El hombre más grosero, dice Emerson, siente que le hierve la sangre cuando ve ondear la bandera de su patria en una torre, al otro extremo del mundo. Cree que detesta la poesía ¡y es místico y poeta!

Es raro el hombre de acción o de pensamiento intrépido que no acabe por vivir en el duelo de una idea. ¿Quién, que haya amado, no vive en el luto de un recuerdo? ¿Quién no lleva en su corazón algún Paraíso Perdido?

Y Renan fué el intérprete de esos estados del es-